

Una gesta cordobesa

EL DESCUBRIMIENTO Y LA CONQUISTA DEL NUEVO REINO DE GRANADA

CONFERENCIA DE D. JOSÉ DE LA TORRE,
LEÍDA EL 26 DE OCTUBRE DE 1935, EN
LA APERTURA DEL CURSO ACADÉMICO.

SEÑORAS Y SEÑORES:

Hace justamente cuatro siglos. A mediados de aquel año de 1535, alistados unos a tambor batiente en las plazas públicas por el capitán Juan Ruiz de Orejuela, levantados otros a costa de don Pedro Fernández de Valenzuela y Sotomayor, también paisano nuestro, salieron de Córdoba por la puerta del Puente, camino de Sevilla, más de un centenar de hombres, para incorporarse al ejército que se organizaba por encargo del Adelantado don Pedro Fernández de Lugo con destino a la provincia de Santa Marta. Casi todos ellos fueron luego actores en una de las más extraordinarias hazañas militares que registra la historia de España, y aún del Mundo entero. Verdaderamente son asombrosas y casi inverosímiles muchas de las empresas acometidas por los españoles de aquellos tiempos, sobre todo en el Continente recién descubierto. Atended a lo que, acerca de elio, escribe un renombrado historiador extranjero.

«La exploración de las Américas por los españoles fué la más grande, la más larga y la más maravillosa serie de valientes proezas que registra la Historia. No tienen paralelo con las de ningún otro pueblo. Sobre todo la centuria décima sexta fué de descubrimientos y conquistas tales, como jamás vió el Mundo antes, ni ha vuelto a ver después».

Palabras son éstas de Charles F. Lummis, ilustre y justiciero historiador norteamericano, del cual son también las de que Hernán Cortés, Francisco Pizarro, Pedro de Valdivia y Gonzalo Jiménez de Quesada tienen derecho a ser llamados los Julios Césares del Nuevo Mundo; pues de las conquistas realizadas en América, ninguna puede

compararse con las que tan insignes caudillos llevaron a cabo. Difícil es precisar cuál de los cuatro fué el más grande.

A nuestra Córdoba corresponde el honor y la gloria de ser la patria de uno de ellos, de Gonzalo Jiménez de Quesada, el famoso licenciado descubridor y conquistador del Nuevo Reino de Granada, hoy República de Colombia, sobre humana empresa en la que también figuraron y se distinguieron otros valientes cordobeses, como Hernán Pérez de Quesada, hermano del caudillo y su lugarteniente; el capitán Pedro Fernández de Valenzuela Sotomayor y su primo Hernán Venegas Carrillo Manosaibas; el alférez Antón de Olalia, Juan Tafur, Cristóbal Ruiz, Francisco Gómez de la Cruz, Fernando Gómez Castillejo, Diego de Torres, Juan de Torres Contreras y su cuñado Pedro Ruiz Herrezuelos; Pedro Gómez de Orozco, Juan Fernández de Valenzuela, Juan Valenciano, Gómez del Corral, Jerónimo de Aguayo y Miguel de Morales y Valenzuela, de los contados supervivientes de aquella temeraria, calamitosa y epopéyica jornada, y muchos más que en el camino sucumbieron y cuyos nombres, por desgracia, no ha registrado la Historia.

* * *

Al conocerse aquí, en España, la muerte de García de Lerma, gobernador de la provincia de Santa Marta, fueron varios los pretendientes que acudieron al Consejo de Indias alegando sus méritos para sustituirle en el cargo. Uno de ellos fué don Pedro Fernández de Lugo, gobernador de las islas de Tenerife y de la Palma y Adelantado de las Canarias, al que Carlos V agració con el nombramiento de gobernador y capitán general de aquella provincia americana, con título de Adelantado por dos vidas. Su hijo y lugarteniente Alonso Luís de Lugo se vino a la península para organizar un ejército; y llevándose como alguacil mayor al licenciado Gonzalo Jiménez de Quesada, de sargento mayor al capitán Juan Ruiz de Orejuela, que estuvo en Córdoba reclutando gente, gran número de valientes y expertos capitanes, como nuestro paisano Pedro Fernández de Valenzuela, y hasta un millar de soldados, se hizo a la vela en el puerto de Sevilla ya bien mediado el 1535. En las Canarias se incorporaron a la expedición don Pedro Fernández de Lugo y unos 300 hombres; y en tres navíos partieron todos de Santa Cruz de Tenerife en el mes de Noviembre de aquel mismo año. A principios del siguiente tomaron tierra en el puerto de Santa Marta.

A la sazón se encontraba de gobernador interino de aquella plaza el capitán Antonio Vesos, hombre de valor y experiencia, al que los vecinos indios *bondas* y *taironas* tenían medio acorralado y reducido

al último extremo. Contra ellos organizó inmediatamente don Pedro Fernández de Lugo una expedición de castigo, cuyo mando encomendó a su hijo Alonso Luís. Tal vez figuraran en ella el capitán Nicolás Méndez, natural de Bujalance, y el caballero cordobés don Lope de Orozco. Don Alonso Luís de Lugo, cumplida con exceso la misión que se le encargara, sin permiso de su padre y jefe y con todo el rico botín cogido a los indios, se embarcó para España en el puerto de Cartagena. La burla y fraude de que le hizo víctima su hijo, fué un rudo golpe para don Pedro Fernández de Lugo, que no tardó muchos meses en bajar al sepulcro, el 15 de Octubre de aquel mismo año.

Pero antes de que esto ocurriese, el Adelantado tuvo noticias de la existencia de reinos muy poderosos por sus riquezas hacia las cabeceras del río Magdalena, y concibió el proyecto de descubrirlos y conquistarlos. Sin perder tiempo fué organizada la expedición, al mando del licenciado Gonzalo Jiménez de Quesada, que designó por lugarteniente a su hermano Hernán Pérez de Quesada. Componíanla unos 700 soldados españoles, de ellos 85 de caballería, y muchos indios cristianos como bagajeros. Gonzalo Jiménez de Quesada distribuyó su tropa en ocho compañías, y confió el mando de una de ellas a su paisano el capitán Pedro Fernández de Valenzuela. El cargo de alférez mayor de la infantería se lo dió al bravo y experto soldado Antón de Olalla, natural de Bujalance. Por capellanes y misioneros fueron designados los padres dominicos fray Domingo de las Casas y fray Pedro Zambrano, más dos ciérigos, llamado el uno Juan de Legáspez. También figuró entre los expedicionarios un jumento, ya famoso en Santa Marta, que hizo toda la campaña del descubrimiento y conquista del reino de los *ehibchas*, y años después tuvo un fin desastroso en la expedición de Hernán Pérez de Quesada en busca del *Dorado*. Se lo comieron sus famélicos compatriotas.

El día 6 de Abril de 1536 partió de Santa Marta, con toda su gente, el licenciado Gonzalo Jiménez de Quesada. Gran parte de los expedicionarios, con su caudillo a la cabeza, tomaron el camino de tierra, y atravesando la comarca de los *chimalaes* llegaron hasta Sompallón, en las márgenes del Magdalena, donde hicieron alto para esperar a los que venían por agua en cinco bergantines y dos carabelas. Las naves de esta escuadrilla sufrieron un serio contratiempo al entrar por las bocas del Magdalena, pues una fuerte borrasca las dispersó, perdiéndose una carabela y un bergantín. Algunos de los naufragos volvieron a Santa Marta y dieron noticia de lo ocurrido a don Pedro Fernández de Lugo, el cual preparó otros bergantines, uno de ellos capitaneado por Gómez del Corral, con nuevas tropas al mando

del licenciado Diego Hernández de Gallegos. Diéronse a la veia, y con más fortuna lograron entrar en el río y arribar al puerto de Mamambo, donde recogieron dos bergantines, con ciento ochenta hombres de la anterior expedición, que allí se habían refugiado. Todos juntos prosiguieron luego su derrota, y al fin llegaron a Sompallón.

En este punto, reunidos todos los expedicionarios, su caudillo Gonzalo Jiménez de Quesada convocó a consejo para determinar si se proseguía en la empresa o si regresaban a Santa Marta. De este parecer era la mayor parte de la gente; porque con lo experimentado en la corta navegación por el Magdalena y en los trabajos y dificultades del camino terrestre, la juzgaban casi por imposible. Pero el padre fray Domingo de las Casas, a quien todo el ejército respetaba por su virtud y letras, según afirma el propio Jiménez de Quesada en su *Compendio historial*, los animó a proseguir; y dicha una misa por el buen suceso de la conquista, reanudaron su marcha, unos por tierra, rompiendo monte con hachas y machetes, y otros por agua luchando contra los chorros y palizadas de aquel desconocido río. Comenzaba entonces la parte más dura, inaudita y desastrosa de la jornada. Su relato causa espanto y al mismo tiempo admiración por aquellos hombres. Oigamos el que hace el ilustre historiador colombiano don José Manuel Groot en su *Historia eclesiástica y civil de Nueva Granada*.

«Para juzgar del temple de estos conquistadores es preciso conocer prácticamente el Magdalena y sus márgenes; de otro modo no se puede formar idea de los trabajos de aquellos hombres. Pero todavía se puede decir más: nosotros, los que hoy viajamos por el país, no podemos formar idea exacta de aquellos trabajos, porque ni hoy están plagadas las orillas del Magdalena de indios feroces, como entonces, ni el cauce del río nos es desconocido, como lo era para los primeros que lo subieron. Los que caminaban por tierra iban despedazándose las carnes y los vestidos entre las espinas y ramazones tan intrincadas, como que jamás la mano del hombre había pasado sobre ellas. En el desmonte que iban haciendo para abrir trocha se encontraban con los avisperos, enjambres de enemigos volantes de los cuales se veían atacados por millares al rebullir un árbol, y de cuyo aguijón, poco menos temible que la flecha de los indios, no podían escapar, siendo constantemente seguidos por una nube de estos implacables insectos cada vez que por su desgracia daban con una de estas colmenas, tan abundantes en aquellos montes. Seguíanlos también los tábanos, moscas que dan una punzada que hace saltar la sangre y es de lo más ardiente y dolorosa; baste decir que es bicho

tan temido de los bogas, que los pone en alarma cuando entra en un champán y no lo pueden cazar inmediatamente. Los ejércitos de mosquitos *gegén*, por el día, y los millones de millones de zancudos por la noche, los rodeaban como una nube, punzándoles la cara, las manos, los pies, sin ser posible escapar de estas púas venenosas que producen un ardor e irritación violenta. Guarecíanse debajo de los árboles en las tempestades, y de los ardores de un sol abrasador; manteníanse con frutas silvestres y raíces desconocidas, de que se enfermaron y murieron muchos de ellos. Era tal el hambre que padecían, que hubieron de comerse, no sólo los perros y gatos que traían sino que se comían los cueros de las vainas de las espadas; y hubo soldado, Juan Duarte, rodelero, que habiéndose comido un sapo deforme que pudo coger, perdió el juicio inmediatamente y quedó enfermo para siempre. A cada paso se hallaban sobre culebras enormes y venenosas, que sedesenroscaban bajo sus pies; por la noche se veían a cada hora amenazados y asaltados por los tigres, de cuyas garras tantos fueron víctimas. Encontrábanse muchas veces con ríos, caños y esteros, que desaguando en el Magdalena o saliendo de él, les atajaban el paso y obligaban a vadearlos o pasarlos a nado, y aquí era el lidiar con las bandades de feroces caimanes, de que tanto abundan aún en el día de hoy aquellas aguas. La parte de la expedición que iba por agua, aunque no tan molestados por los bichos en el día, en la noche lo eran tanto como los que iban por tierra, y tenían que ir lidiando con las peligrosas corrientes del río que formaban los peñones y palos caídos, y al mismo tiempo que tenían que vencer estos peligrosos pasos a fuerza de palanca y cuerdas, tirando desde tierra, tenían que habérselas con numerosas canoas de indios flecheros que se les presentaban y les disputaban el paso. Aquí tenían el riesgo de las flechas envenenadas; el riesgo de caer al agua y ahogarse en aquellos remolinos, y el riesgo de los caimanes. Todos estos trabajos del día se coronaban con una noche aciaga, de tormentas casi continuas por ser mes de invierno, comidos de los zancudos y amenazados de los tigres, culebras, alacranes, etc.”

Al fin pudieron salir de aquel infierno los que escaparon con vida, y llegaron hasta el puerto de La Tora, cuyo poblado tomaron por asalto, hecho de armas en el cual ya comenzó a señalarse por su intrepidez nuestro joven paisano Hernán Venegas Carrillo. Pero aquellos hombres, hambrientos, maltrechos, aniquilados física y moralmente por tantos esfuerzos y penalidades, se negaron a seguir adelante y promovieron un motín formidable, que no tuvo fatales consecuencias gracias a la enérgica y hábil intervención del capitán don Miguel de

Morales y Valenzuela, cordobés, según creo. Por fracasada podía considerarse la empresa; mas el caudillo no quiso darse por vencido, y con la esperanza de hacerles cambiar de propósito, convocó a sus soldados para determinar el partido que debía tomarse. Todos, casi sublevados y con gran vocerío, exigieron la vuelta a Santa Marta. Entonces tomó la palabra fray Domingo de las Casas al darse cuenta de que Jiménez de Quesada no desfallecía; y ta elocuentes y persuasivas consideraciones les hizo, que logró apaciguarlos e introducir la esperanza en sus ánimos, y con ello dar lugar a que reflexionaran antes de resolverse a perder todo lo andado y sufrido hasta allí.

Aprovechando la coyuntura que le brindaba esta más tranquila disposición de su gente, y con el fin de orientarse acerca del rumbo que le convendría tomar, Gonzalo Jiménez de Quesada envió al capitán Juan de San Martín con veinte hombres en dos canoas, para explorar las márgenes del río. Al cabo de unos días de navegación dieron con el Carare, que desagua en el Magdalena por las *barrancas coloradas*, y remontaron su curso largo trecho hasta topar con una piragua de indios, en cuyo interior encontraron algunos panes de sal y varias mantas finas de algodón; y de allí a poca distancia, descubrieron en la orilla del río unas casas abandonadas, donde también existían grandes cantidades de sal. Por tales indicios, el capitán San Martín y sus soldados sacaron en consecuencia que por aquel camino se daría con poblaciones industriosas y ricas: y cumplido el principal objeto de su misión, regresaron a La Tora.

En vista de los favorables informes que le trajeron sus exploradores, Jiménez de Quesada partió con sesenta hombres para reconocer en persona el camino por ellos descubierto; pero al llegar a un pueblo que denominaron Barbacoas, cayó gravemente enfermo. Por orden suya, los capitanes Juan de Céspedes y Antonio de Lebrija, más el alférez Antón de Olalla, pasaron adelante con la mayor parte de la tropa, internándose en la región montañosa hasta dar en un poblado donde por un indio que no pudo huir adquirieron algunas noticias interesantes acerca de aquella comarca. Antón de Olalla se quedó allí con unos cuantos soldados, y los demás retrocedieron a Barbacoas para reunirse con su jefe, al que encontraron ya repuesto de su dolencia; y todos juntos, satisfechos por los resultados obtenidos, emprendieron la vuelta al campamento de La Tora.

Al cabo de algunos días, ya descansada la gente y considerándola mejor dispuesta para ello, se determinó Gonzalo Jiménez de Quesada a reanudar la empresa del descubrimiento; y su primera medida, a fin de quitarle toda esperanza de retirada, fue la de ordenar al general

Gallegos que regresara con los buques a Santa Marta, llevándose a los enfermos y heridos, entre los que debían encontrarse don Miguel de Morales y Valenzuela y el cordobés Jerónimo de Aguayo. Al siguiente día de la partida de los barcos, después de celebrado el santo sacrificio de la misa y de una plática conmovedora de fray Domingo de las Casas, se emprendió la marcha hacia las encumbradas y fragosas sierras del Opón, cuya etapa de camino había de resultar no menos difícil, lamentable y sangrienta que la anterior sobre el curso del río Magdalena.

Ya desde su principio comenzaron a padecer los asaltos de los indios y de la escasez de víveres. Llegaron al sitio donde les aguardaba Antón de Olalla y emprendieron la subida de aquella escarpada y casi inaccesible cordillera del Opón, de pasos tan peligrosos y difíciles, que en muchos de ellos tuvieron que izar a los caballos con cuerdas a terreno practicable. No son para detallar los trabajos, las hambres y los sufrimientos a que se vieron sometidos aquellos hombres en la travesía de tan horribles montañas, pobladas tan sólo de tigres y de jaguares, y enmedio de un deshecho temporal de lluvias y tormentas; ¡y desgraciado del que atrás se quedaba!, porque ese no volvió a reunirse en vida con sus compañeros. Por excepcional y hasta milagroso se refiere el caso de Francisco Tordehumos, que rezagado y medio muerto de hambre y fatiga, pudo alcanzar a los suyos en un supremo esfuerzo. Al fin ganaron las cumbres, desde las que descubrieron una extensa comarca, e iniciaron el descenso hacia los llanos; con grandes dificultades y peligros vadearon el río Sarabita, llegando poco después a un pueblo, llamado Ubasá, que hallaron desierto. Allí Jiménez de Quesada hizo recuento de su gente, y el balance no pudo ser más desconsolador: de los 800 soldados españoles que llegaron a reunirse en Sompallón, había perdido más de 600; y de los indios cristianos reclutados como bagajeros en Santa Marta, no quedaba ni uno. Menos mal que aún conservaba 62 ó 64 caballos; y no fue ello poca fortuna, como veremos más adelante.

Al salir de Ubasá, continuaron los españoles su camino, con un tiempo bellissimo, por la fértil comarca de Sorocotá, muy bien cultivada y de grandes poblaciones, que también hallaron desiertas. En ella se vieron obligados a detenerse unos días, invadidos por un terrible enemigo: las niguas. De Sorocotá pasaron al pueblo de Turca, donde encontraron mantas y lienzos de algodón y algún oro, y de allí se dirigieron al de Guacheté, muy importante, en el que hicieron su entrada el día 12 de Marzo, fiesta de San Gregorio. Desde el pueblo de Guacheté se marcharon al de Lenguazaque, cuyos pobladores los re-

cibieron de paz y obsequiaron en extremo; y de éste al de Suesca, desde cuyas alturas dieron vista a la hermosa sábana de Bogotá. En Suesca, e injustamente según luego se averiguó, Jiménez de Quesada hubo de aplicarle la pena de garrote a su mejor machetero, Juan Gordo, natural de Belalcázar, acusado de haber robado varias mantas a unos indios amigos. Este acontecimiento llenó de pena y dolor a los jefes y compañeros de aquel valiente soldado, el que más se había distinguido en la jornada del río Magdalena.

Entretanto Tisquesusa, zipa o señor de Bogotá, ya informado por sus espías del número y armamento de aquellas extrañas gentes invasoras de sus dominios, levantó un poderoso ejército, de unos 40.000 hombres según los antiguos cronistas; y al frente de ellos, llevado en andas guarnecidas de oro y esmeraldas, se dirigió al encuentro de los españoles y asentó sus reales en el llano de Tivitó. Gonzalo Jiménez de Quesada partió de Suesca con sus huestes camino del pueblo de Nemocón, destacando desde allí hacia Zipaquirá al capitán Lázaro Fonte con sus cuarenta infantes. Contra ellos envió el Zipa a 600 de sus mejores guerreros; y mal lo hubiera pasado la vanguardia española, si la caballería no acude en su auxilio a todo galope. Lázaro Fonte persiguió a los derrotados indios hasta la casa-fuerte de Cajicá, y acampó frente a ella. A la mañana siguiente se le incorporó su jefe con el resto del ejército; pero apenas había llegado, se vieron los españoles acometidos por retaguardia, abrumados y envueltos por los indios del general Zaquesazipa. Una vez más los caballos andaluces aquellos valientes caballos, fuertes y ágiles que cantó Santos Chocano, salvaron la situación; y merced a ellos, en una fresca mañana del mes de Marzo de 1537, pudo repetirse en los llanos de Zipaquirá el milagro que doce años antes se dió con Hernán Cortés en los campos de Otumba, de que dos centenares de soldados españoles derrotaron completamente a un enemigo cien veces superior en número. Gonzalo Jiménez de Quesada, a la cabeza de sus ginetes, cargó furiosamente y a la desesperada sobre sus contrarios, alanceándolos y acuchillándolos sin piedad, e introduciendo la confusión y el espanto en aquella compacta muchedumbre de indios *muiscas*, o moscas, como los españoles los llamaron, pues como ellas abundaban, los cuales se desbandaron, dejando el terreno cubierto de muertos y heridos y abandonando además en su huida las veneradas momias de sus antepasados ilustres, que cual guiones o estandartes llevaron en andas al combate. Sin perder momento, los españoles se lanzaron como fieras al asalto de la casa-fuerte de Cajicá, donde se había refugiado el zipa Tisquesusa, al que no pudieron echarle mano, porque a tiempo

puso pies en polvorosa, considerándose impotente para resistir a los *hijos del Sol*; pero lograron apoderarse de sus andas y con ellas de un rico botín, que equitativamente se repartieron luego.

Curados sus numerosos heridos, pues muy pocos escaparon indemnes de aquella tremenda refriega, y enterrados los muertos, prosiguieron los españoles su marcha en dirección a la populosa ciudad de Chía, donde fueron muy bien recibidos por orden de su cacique, primo hermano del zipa Tisquesusa, con el cual estaba resentido por haberle usurpado el señorío del reino de Bogotá, sólo a título de más valiente. Allí pasaron la Semana Santa. En las Pascuas de ella recibió el caudillo español una embajada y luego la visita personal y ostentosa del cacique de Suba, que lo invitó con gran insistencia y muy cordialmente para que fuera a su pueblo. Así lo hizo Jiménez de Quesada con toda su hueste; y a los ocho días de encontrarse en él, fué atacado el cacique de tan grave dolencia, que viendo cercano el fin de su vida pidió el bautismo, el cual le fué administrado por fray Domingo de las Casas. La muerte de este cacique, el *primogénito de la Iglesia de Bogotá*, de cuya amistad tantas ventajas se prometía, causó una gran pesadumbre a Jiménez de Quesada. Los españoles rindieron a su cadáver honores militares como a un gran señor.

Desde Suba se dirigieron hacia Bogotá. Al llegar al río de este nombre, que venía muy crecido, los indios de Tisquesusa intentaron impedirles el paso; pero unas descargas de nuestros arcabuceros bastó para ponerlos en fuga. Salvado felizmente el obstáculo del río, Gonzalo Jiménez de Quesada y sus ciento sesenta y seis hombres entraron en el espléndido y fértil *Valle de los Alcázares*, que así lo denominaron los conquistadores por los numerosos y bien dispuestos caseríos, encumbrados como castillos, que poblaban tan dilatada llanura; y al fin llegaron a la hermosa ciudad de Bogotá, corte del zipa, tras aquel portentoso recorrido de ochocientas leguas y a los doce meses justos de su salida de Santa Marta.

Bogotá se hallaba poco menos que desierta. Tisquesusa, llevándose consigo a las trescientas mujeres de su harem y los cuantiosos tesoros de su palacio, los de los templos y hasta los de particulares, y seguido de los magnates de su corte y de casi todos los habitantes de la ciudad, se había puesto con tiempo en franquía, y en lugar que por el momento no pudo averiguarse. Los españoles todos, con sus cabalgaduras, lograron suficiente alojamiento en la sólida y espaciosa residencia del zipa; y por su jefe se hizo el primer reparto del botín de oro, esmeraldas y mantas de algodón conseguido hasta entonces.

Después de algunas semanas de descanso, emprendió Gonzalo Jiménez de Quesada la conquista del territorio de los *panches*, ubicado entre los ríos Fusagasugá, Bogotá y Magdalena. La encomendó al capitán Juan de Céspedes, con sólo cuarenta soldados de infantería y quince de caballería. Al llegar al pueblo de Tibacuy se encontró Céspedes con un gran contingente de indios *muiscas*, los cuales, sabiendo ya a lo que iba, se le unieron para combatir a sus feroces e implacables enemigos. Los *panches* les salieron al encuentro en crecido número, formados en dos batallones. El combate fué terrible y el resultado muy dudoso por largo tiempo, hasta que el capitán Juan de San Martín tuvo la suerte de traspasar con su lanza al jefe de los *panches*. Estos se dieron entonces a la fuga, dejando el campo cubierto de cadáveres; mas los españoles también experimentaron la sensible pérdida de varios caballos; y si entre ellos no hubo muertos, se debió a que iban resguardados con escaupiles, sayos de algodón acolchado, menos vulnerables a las flechas que las mismas cotas de maila.

A todo esto, se hacían por los españoles numerosas pesquisas para dar con el paradero de Tisquesusa y con el emplazamiento de las minas de esmeraldas. Por un niño indígena pudieron averiguar dónde se encontraban éstas, y en su busca se puso inmediatamente en camino Gonzalo Jiménez de Quesada con toda su tropa, atravesando por los pueblos de Engativá, Usequén, Guasca y Guatavita, en los cuales fueron muy bien recibidos y obsequiados. Continuaron luego los nuestros al de Chocontá, límite de los dominios del zipa de Bogotá y principio de los del zaque de Tunja, donde celebraron la fiesta de Pentecostés; y de Chocontá se fueron a Turmequé, ciudad muy populosa y rica. Pasaron después por el pueblo de Icabuco y entraron en la provincia de Tenza, tan poblada como las anteriores.

Desde Turmequé envió Jiménez de Quesada al capitán Pedro Fernández de Valenzuela, su hombre de confianza, con cuarenta soldados, para que reconociera el emplazamiento de las minas de esmeraldas de Somondoco. Cumplida su misión sin grandes dificultades, regresó Fernández de Valenzuela adonde le esperaba su jefe, llevándole algunas muestras de ellas y la noticia de haber alcanzado a ver los Llanos, que están a la parte oriental de la cordillera. A fin de buscar una salida practicable para los mismos, despachó Jiménez de Quesada dos partidas exploradoras, una de treinta hombres capitaneada por Juan de San Martín y otra de diez y ocho al mando de nuestro paisano Hernán Venegas Carrillo. Ambos fracasaron en la empresa, tras no pocos esfuerzos, marchas y contramarchas; pero lograron

adquirir varios informes acerca del cacique Tundama y del zaque Quimuinchateca, poderoso señor de Tunja.

Mediaba por entonces el mes de Agosto. En cuanto tuvo confirmación cierta de ellos, Gonzalo Jiménez de Quesada se puso en camino con todo su ejército en demanda de Tunja, corte de Quimuinchateca. Los nuestros hicieron en ella su entrada el día 20, a la caída de la tarde; y atravesando por entre los asombrados habitantes de aquella populosa ciudad, llegaron a la residencia del zaque, cuyas puertas se hallaban cerradas. Forzado el primer recinto, se encontraron en el segundo con el anciano y astuto Quimuinchateca, rodeado de sus nobles cortesanos y de numerosos guardias, los cuales intentaron ampararlo y ponerlo en salvo; pero el fiero Antón de Oialla, hombre de fuerzas extraordinarias, según se refiere, atropellando por todos le echó mano al zaque y se hizo con él. A esto se siguió una tumultuosa y enconada refriega con los indios que había dentro y fuera del palacio, a la que sólo la oscuridad de la noche puso término definitivo. Los españoles quedaron vencedores y dueños de la situación y del palacio, en el que recogieron un importante botín en oro y esmeraldas.

Desde Tunja se fueron a meterle mano a Sugamuxi, poderoso cacique de la provincia de Iraca y pontífice máximo de los *muisca*s. Antes de llegar a Sogamoso, sostuvieron los españoles dos combates durísimos con las gentes del Tundama. En el pueblo, sólo encontraron a Sugamuxi, abandonado por sus súbditos; y en su palacio, una buena cantidad de láminas y platos de oro. Aquella misma noche, la imprudencia de unos soldados que con teas encendidas entraron en el templo del Sol para registrarlo, originó tan voraz incendio en aquel magnífico edificio, que totalmente quedó destruído con sus inmensas riquezas.

Jiménez de Quesada se volvió a Tunja con la gente que había llevado para la empresa, y desde allí con toda ella, más los indios amigos y auxiliares, emprendió el regreso a Bogotá, por las noticias que había adquirido acerca de la provincia de Neiva y del paradero del zipa Tisquesusa. Al llegar al pueblo de Suesca dió suelta al zaque Quimuinchateca, con la esperanza de ganarse su voluntad y ayuda; pero éste, muy dolido del agravio de la prisión, y mucho más del que le habían hecho sus propios súbditos al sustituirlo en el trono por un sobrino suyo, se retiró al de Ramiriquí, para morir a poco en él de pena y tristeza.

No quiso el caudillo español dejarse atrás un enemigo tan poderoso e insolente cual era el Tundama, que había tenido el atrevimien-

to de desafiarlo por medio de mensajeros, y contramarchó a Paipa con el propósito de castigar sus arrogancias. El vanidoso y ensobrecido Tundama le salió al encuentro en los llanos de Bonza, al frente de doce mil guerreros propios y de sus aliados, casi todos con pechos defensivos y brazaletes de oro. El combate fué terrible y el más porfiado y sangriento de aquella dura campaña; y si la victoria se decidió por los españoles, fué debido a su caballería, que en aquella batalla hizo maravillas. Bien ejemplar fué el castigo impuesto; pero no menos costoso y de peligro. Baste decir que los vencedores emplearon tres días en curar a sus heridos y en recoger los despojos de los enemigos muertos y prisioneros. Una de las víctimas fué el valeroso cacique de Bajanique, de los indios auxiliares. También Gonzalo Jiménez de Quesada estuvo a punto de perder la vida, aplastado por la macana de un indio *duitama*, que lo derribó del caballo.

Los vencedores se volvieron a Suesca, donde Gonzalo Jiménez de Quesada dejó el cargo del ejército a su hermano y lugarteniente Hernán Pérez, mientras que él, con cincuenta soldados y numerosos bagajeros indígenas, que bien pronto se le huyeron, realizaba una excursión a la provincia de Neiva, muy rica en oro, según los informes de los indios. Atravesaron los expedicionarios la sabana de Bogotá y por Pasca y Fusagasugá se dirigieron al río Magdalena, padeciendo en el camino fatigas y contrariedades sin cuento, hambres y calenturas, de las que murieron tres hombres. Casi nulo fué el resultado obtenido; y en vista del fracaso, extenuados y casi todos enfermos, abandonaron aquel *Valle de la Tristeza* y emprendieron el regreso a Suesca. Al llegar a Bogotá, se encontraron allí a Hernán Pérez de Quesada con sus demás compañeros.

El zipa Tisquesusa, con sus mujeres y muchos de los magnates de su corte, se había retirado a una casa de recreo que tenía en Facatativá. De ello tuvo noticia cierta Gonzalo Jiménez de Quesada al regreso de esta desastrosa expedición; y con fuerzas de infantería y alguna caballería, partió al punto para aquel lugar, con propósito y tiempo calculado a fin de sorprenderlo en un ataque nocturno. Así se hizo con entero éxito; pero en la confusión del asalto se escapó el zipa, el cual, sin embargo, fué muerto por unos soldados de la retaguardia, lo que vino a saberse mucho después, pues aquella misma noche los indios retiraron su cadáver y lo enterraron.

La muerte de Tisquesusa produjo entre los *muiscas* una reacción enorme e imponente contra los españoles. Los *ubsaques* o nobles del reino encontraron en el general Zaquesazipa, hijo del cacique de Chía, su mejor sustituto y el caudillo que necesitaban para combatir-

los sin reposo y con todo desnudo. El nuevo soberano, clamando venganza por la sangre de su antecesor, levantó a todo el país en armas contra los invasores; y estos se vieron cercados en su campo por una muchedumbre, continuamente renovada, de fanatizados guerreros, que con sus obstinados y continuos asaltos, de día y de noche, les pusieron en el vergonzoso trance de tener que abandonar sus posiciones de Bogotá y emprender la retirada al pueblo de Bosa, más defendible y fácil de abastecer.

Entonces se puso en evidencia y a prueba, una vez más, la perspicacia, el talento y la habilidad política de Gonzalo Jiménez de Quesada. Aquella retirada forzosa quebrantaba el prestigio de los españoles, y podía agravar extraordinariamente su ya difícil situación, si los indígenas sabían aprovecharse de ella. Comprendiéndolo así, que no se debía perder momento en parar el golpe, y con la intuición de darle él sobre seguro, envió una embajada al nuevo zipa con proposiciones de paz y amistad y la de ayuda contra sus enemigos. Zaquezzipa, que no se consideraba muy seguro en un trono al que no tenía derecho según las leyes del país, vió en su alianza con los españoles el modo de asegurarse en el poder, y aceptó las proposiciones de Jiménez de Quesada, contra la opinión de algunos de sus magnates, partidarios de continuar la guerra a todo trance; y él mismo en persona, con gran acompañamiento de nobles y vasallos, portadores de ricos presentes de oro, esmeraldas y vistosas telas, se encaminó a Bosa para ajustar las paces con el general español.

Este le recibió con todos los honores; mas hubo de exigirle, como condición previa para firmar aquel convenio de paz y alianza, que se sometiera a la obediencia del rey de España, su poderoso soberano. No poca sorpresa causó a Zaquezzipa tan inesperada propuesta; pero como ya no podía ni menos le convenía volverse atrás, se allanó a ello. Inmediatamente reclamó la ayuda de los españoles para atacar a sus mortales enemigos los *panches*; y el propio Jiménez de Quesada, al frente de cincuenta de sus mejores soldados y de 20.000 indios *muiscas*, salió a campaña para combatirlos. Los *panches*, vencidos en dos batallas y cercados por todas partes, pidieron la paz, que le fué concedida con las condiciones, aceptadas con gran sentimiento y sólo por la necesidad obligados, de acatar la soberanía del rey de España y de rendir las armas al zipa de Bogotá.

Los aliados regresaron a Bogotá, donde celebraron sus triunfos con grandes fiestas. Allí quedó Zaquezzipa, y los españoles se volvieron a Bosa. Se inició entonces por fray Domingo de las Casas la predicación del Evangelio entre los *muiscas*, con bastante éxito; pero

bien pronto un suceso lamentable y vergonzoso vino a echar por tierra labor de conquista tan laudable. Uno de los muchos enemigos personales de Zaquesazipa hizo creer a Hernán Pérez de Quesada que el zipa de Bogotá se había adueñado de los tesoros de su antecesor Tisquesusa, y no fué necesario más para que se alborotase la gente de Jiménez de Quesada. Este, presionado por los suyos y singularmente por su hermano, hizo prender a Zaquesazipa y le sometió a tormento para que declarase dónde los tenía escondidos. Inútiles fueron las negativas, las protestas de inocencia y hasta los ofrecimientos, que no pudo cumplir, del desgraciado zipa. Tras una comedia de proceso, le redoblaron las prisiones y los tormentos; y vencido al fin por el dolor y por unas fiebres altísimas, perdió la vida. Este crimen, no del todo imputable a Gonzalo Jiménez de Quesada, influyó no poco en su futura suerte y pesó siempre como una maldición sobre su conciencia.

A raíz de la muerte de Zaquesazipa, y sin que llegara a saberse la causa, el pueblo de Bosa se incendió una noche, con tan voraces llamas, que a poco perecen en ellas todos sus moradores. Resolvió entonces Gonzalo Jiménez de Quesada fundar una villa que fuera capital del territorio conquistado; y para ello, la comisión designada y presidida por el capitán Pedro Fernández de Valenzuela, escogió el sitio de Teusaquillo, al pie de la cordillera que limita hacia el Este la sabana de Bogotá. Construyéronse doce casas, en memoria de los doce Apóstoles, más una ermita cubierta de chamiza; y para efectuar la ceremonia de la fundación, fué señalado el 6 de Agosto, fiesta de la Transfiguración del Señor. La víspera de este día, el general Gonzalo Jiménez de Quesada, a caballo y con la espada en alto, paseó el lugar en señal de posesión, que tomó en nombre del emperador Carlos V, dando a la nueva población el nombre de *Santafé de Bogotá*, y a todo el país descubierto el de *Nuevo Reino de Granada*, en honor de la ciudad española donde entonces residían sus progenitores, y que pudo haberse llamado *Nuevo Reino de Córdoba*, si no hubiera conservado tan mal recuerdo de ésta en la que vió la luz primera y pasó los veinte primeros años de su vida.

Los actos de la erección se redujeron a plantar la Cruz y a celebrar una misa, que fué oficiada por el padre Las Casas, el cual pronunció durante ella una sentida plática en acción de gracias por el feliz remate de tantos trabajos. Gonzalo Jiménez de Quesada no hizo por entonces nombramientos de regidores ni de alcaldes; tan sólo los de teniente de gobernador y de cura párroco a favor, respectivamente, de su hermano Fernando y de fray Domingo de las Casas. Des-

pués de esto procedió a un segundo reparto del botín conseguido; y por el padre Las Casas, a realizar una colecta, que produjo cerca de 3.000 pesos, para fundar una Capellanía en memoria de los que habían perdido la vida en las jornadas del descubrimiento y conquista de aquellas tierras.

Satisfecho y orgulloso debía estar el caudillo cordobés por el éxito de la empresa, logrado, muy particularmente, gracias a su constancia, energía e indomable voluntad de vencer y de llevarla a término a todo trance. ¿Mas, podía considerarse consolidada su obra? Todo el territorio por él dominado, en absoluta calma se encontraba, quizás demasiado tranquilo. Los temibles y belicosos *panches*, no daban señales de vida; y los *muiscas*, que tanto se alborotaron cuando la muerte de Tisquesusa, parecían haber quedado anonadados con la de Zaguesazipa. Pero esta situación no era fácil ni lógico que durara indefinidamente. Los indígenas todos tenían muchos agravios que vengar de los invasores de sus dominios; y aunque enemistados entre sí *panches*, *muiscas* y *tunjanos*, muy bien podían acallar sus rencores y diferencias y concertarse en un momento dado contra los españoles, el enemigo común de todos ellos, y abrumarlos por el número y aniquilarlos. Y esto sin remedio ni ayuda posible. ¿De dónde y cómo les iba a venir, si la expedición de Gonzalo Jiménez de Quesada, en Santa Marta, su punto de partida, se consideraba como perdida por completo? Trágica era la situación de aquel puñado de valientes, aunque de ello no parecían darse cuenta, en continuo desgaste y pura pérdida, sin municiones apenas y a varios centenares de leguas de la costa y lugares habitados por sus compatriotas. A la corta o a la larga, de haber escapado vivos de manos de los indios, no hubieran tenido más recurso que emprender la retirada para no perecer, e irremisiblemente, sin gloria ni provecho.

Por fortuna para Gonzalo Jiménez de Quesada y sus compañeros, dos sucesos inesperados y casi providenciales vinieron a salvar la obra conseguida a costa de tantas pérdidas y esfuerzos.

A principios del año 1539 llegaron a Santafé de Bogotá unos indios *panches*, anunciando que por el valle de Neiva venían soldados españoles. Alarmado Gonzalo Jiménez de Quesada con tal noticia, envió a su hermano Fernando para reconocer aquella expedición. A orillas del Magdalena se encontró con el general Sebastián de Belalcázar, que procedente del Perú subía en busca del Dorado. Convenido con el caudillo cordobés en que no pasaría más adelante, regresó Hernán Pérez de Quesada a Santafé. A los dos días de haber llegado, recibió su hermano Gonzalo otro alarmante mensaje. El capitán

Lázaro Fonte, desde Pasca, le avisaba que por el Oriente, atravesando el páramo de Sumapaz, se acercaban infantes y ginetes españoles. Eran los miserables restos de la expedición que al mando del alemán Nicolás de Federmánn partió de Coro, en Venezuela, hacía unos cinco años.

Sin perder momento salió Jiménez de Quesada con toda su gente al encuentro de Federmánn, con ánimo de combatirle, si preciso fuera; pero antes de alcanzar el pueblo de Bosa, le llegó el aviso de que Belalcázar había pasado el río Magdalena y forzaba su marcha para unirse al alemán, con propósito de arrebatárle, sumadas las fuerzas de ambos, el dominio de aquel territorio. Rápido y certero, como siempre, en sus decisiones, Gonzalo Jiménez de Quesada contramarchó a Santafé, para requerir el auxilio de los *muiscas*, que se le unieron en número de 20.000; y comisionó a fray Domingo de las Casas a fin de que se avistara con Federmánn, que ya estaba en Bosa, y se lo ganase, como fácilmente lo hubo de conseguir mediante la entrega de 4.000 pesos de oro. Nicolás de Federmánn se puso con todos sus hombres a las órdenes de Gonzalo Jiménez de Quesada, y juntos se encaminaron al encuentro de Sebastián de Belalcázar, que ya avanzaba con su tropa por la sabana de Bogotá. No tardaron en hallarse frente a frente los dos caudillos cordobeses; y gracias a la mediación de los capellanes de ambos ejércitos no hubo que lamentar un combate fratricida, en el que fatalmente hubiera resultado vencido el de Belalcázar, cuyas fuerzas eran muy inferiores en número a las reunidas bajo su mando por Gonzalo Jiménez de Quesada.

Hechas las paces, convinieron los tres caudillos en venirse a España, para dar cuenta de sus trabajos y conquistas al emperador Carlos V y pedirle recompensas. Regresaron luego todos a Santafé, donde Sebastián de Belalcázar fué acogido con general aplauso, pues era hombre dotado de muy buenas prendas. Con él entraron al Nuevo Reino los cordobeses Martín Yáñez Tafur, Hernando de Rojas y Juan de Horozco. Entre la gente de Nicolás de Federmánn había llegado Alonso de Olalla Herrera, primo del alférez Antón de Olalla.

Antes de emprender la vuelta para España, Gonzalo Jiménez de Quesada designó a su hermano Hernán Pérez como Gobernador del Reino, con el título de Capitán general y Justicia mayor; y dispuso que se hiciera una nueva y solemne erección de la capital, la que tuvo efecto el día 29 de Abril, con asistencia de los tres generales conquistadores. Se demarcó la plaza mayor y en ella el sitio para la Iglesia Catedral; señaláronse áreas para otros edificios públicos, como el Cabildo, el Palacio del Gobierno y la Cárcel pública; se demarca-

ron las calles partiendo de las cuatro esquinas de la plaza, y se repartieron manzanas para edificar casas particulares. En lo político y civil hizo Jiménez de Quesada nombramiento de regidores para el Cabildo, tomando individuos de los tres ejércitos para establecer la igualdad de derechos y a fin de que en ningún tiempo pretendieran los suyos tenerlos mejores que los otros, por haber venido primero al Nuevo Reino. Entre los regidores nombrados figuraba nuestro paisano Hernando de Rojas.

De los demás cordobeses conocidos, fueron vecinos perpetuos de Santafé de Bogotá, y más o menos tarde casi todos desempeñaron cargos en su gobierno, el alférez Antón de Olalla, Hernán Venegas Carrillo Manosalbas, Juan Tafur, Cristóbal Ruiz, Francisco Gómez de la Cruz, Fernando Gómez Castillejo, Juan Valenciano y Alonso de Olalla Herrera. Los otros se avicindaron luego en las ciudades de las que fueron fundadores o primeros pobladores: Gómez del Corral, Juan de Torres Contreras, su cuñado Pedro Ruiz Herrezuelos y Juan de Horozco, en la de Tunja; Juan Fernández de Valenzuela, en la de Vélez; Pedro Gómez de Horozco y Diego de Torres, en la de Pamplona; y Martín Yáñez Tafur, en la de San Jacinto de los Caballeros de Tocaima, fundada en Abril de 1544 por su paisano y jefe Hernán Venegas Carrillo, y de la que fué escribano del Cabildo don Miguel de Moraes y Valenzuela, y primer cura párroco fray Andrés Méndez de los Ríos, dominico, cordobés también.

Ya con el pie en el estribo, determinó Gonzalo Jiménez de Quesada la fundación de las ciudades de Vélez y de Tunja, dando despachos para la primera al capitán Martín Galiano y para la segunda al capitán Gonzalo Suárez Rendón, ambos malagueños. El día 12 de Mayo partió de Santafé, en compañía de Sebastián de Belalcázar y de Nicolás de Federmán, de fray Domingo de las Casas, de don Pedro Fernández de Valenzuela y de otros capitanes y soldados; en el puerto de Guataqui, sobre el Magdalena, se embarcaron todos en dos canoas y siguieron río abajo hasta el marítimo de Cartagena, donde su llegada causó verdadera sorpresa, pues se tenía por perdida toda la expedición que salió de Santa Marta tres años antes.

Con el regreso de su caudillo a España, donde tantas y tan graves cosas le habían de suceder, puede decirse que finaliza la etapa del descubrimiento y primera de la conquista del Nuevo Reino de Granada; de aquella empresa de locos realizada por hombres cuerdos, como la ha calificado cierto historiador.

El relato circunstanciado de la segunda, no menos extraordinaria y dramática y de proezas tales que parecen inverosímiles, me ocuparía mucho tiempo, y yo no tengo derecho a molestar tanto vuestra atención. No debo hacerlo y de él prescindo. Pero permitidme que os lea unos breves apuntes genealógicos y biográficos del caudillo de aquella gloriosa epopeya, fundamentados en documentos existentes en los archivos de nuestra ciudad, los que han puesto en claro el enigma de su naturaleza, no muy debatido, pues ya hace siglos que el pleito se falló por los historiadores en contra de Córdoba; porque ninguno de ellos, ni antiguos ni modernos, ni propios ni extraños, se tomó nunca la molestia de investigar a fondo esta cuestión.

* * *

Gonzalo Jiménez de Quesada

Era cordobés y no granadino, como se ha supuesto; hijo segundo y primero de los varones de don Gonzalo Jiménez y de doña Isabel Jiménez o de Quesada; nieto por la línea paterna de Fernando González, linero de profesión, y por la materna de Gonzalo Fernández de Chillón, maestro tintorero, y de su primera esposa María Fernández. Nació en el año de 1499 en casa de su abueio materno, situada en el arrabal de la ermita de Nuestra Señora de la Fuensanta, frente a la puerta de Baeza, y fué bautizado en la parroquia de Santiago.

Su padre don Gonzalo Jiménez cursó la carrera de Derecho en la Universidad de Salamanca, costeada por su suegro, según lo convenido en la escritura de capitulaciones matrimoniales, que se otorgó en Córdoba el día 4 de Octubre de 1496. Tardó en licenciarse bastantes años; pero apenas terminado el bachillerato, se hizo de numerosa y excelente clientela, tanto por su inteligencia y ciencia jurídica, como por su honradez; y el Cabildo de la ciudad, a partir del 1504, ya le llamaba a consulta en todos los asuntos difíciles que se le ofrecían. Fué teniente del Corregidor don Antonio de la Cueva y letrado del Juzgado de Términos, elegido en el cabildo de 11 de Julio de 1516. Con este motivo fueron frecuentes los viajes que hizo a diversos lugares y pueblos de la provincia, y uno a la Corte a mediados de 1518, para entender en la apelación que don Alonso de Sotomayor, conde de Belalcázar, interpuso contra una de sus sentencias. A fines de

1519 cesó en este cargo y pasó entonces a Málaga con el de Alcalde mayor del Corregidor don Antonio de Bobadilla, que hubo de desempeñar hasta el día 18 de Febrero de 1522. A principios del año 1524 trasladó su residencia a Granada, y el Concejo de Córdoba tuvo a bien designarlo el día 16 de Febrero por uno de sus abogados, para la defensa de los numerosos pleitos que sostenía contra particulares ante aquella Real Audiencia. Uno de ellos fué el largo y ruidoso de los tintoreros de paños, en el que tuvo por contrincante a su propio hijo Gonzalo, defensor de su tío materno Jerónimo de Soria y demás compañeros de oficio. El licenciado Gonzalo Jiménez pasó a mejor vida en la ciudad de Granada en uno de los últimos días del mes de Marzo de 1557. Dejó allí varios bienes, aunque hipotecados: la casa de su morada, en la calle de San Jerónimo, y unos cien marjales de viñas en el pago de Albolote. De su matrimonio con doña Isabel de Quesada tuvo siete hijos: Gonzalo Jiménez de Quesada, Hernán Pérez de Quesada, Francisco Pérez de Quesada, Jerónimo Jiménez, Melchor de Quesada, ciérigo; Andrea de Quesada, esposa del coronel Fernando de Oruña, y Magdalena de Quesada, que contrajo matrimonio con el licenciado cordobés Luis de Berrio, que también fué letrado del Concejo de Córdoba en la Real Chancillería granadina.

Gonzalo Jiménez de Quesada, como su padre, cursó también la carrera de Derecho hasta graduarse de licenciado, probablemente en la Universidad de Salamanca, la preferida entonces de los cordobeses. En Granada la ejerció durante varios años; e intervino, como hemos dicho, en virtud del poder que para su defensa le otorgaron los culpables el día 3 de Febrero de 1533, en la famosa causa criminal seguida por el Ayuntamiento de Córdoba contra los tintoreros, por unas escandalosas falsificaciones que cometieron en las tinturas de los paños. Las graves consecuencias de este pleito, perdido por los tintoreros, constituyó una verdadera catástrofe económica y moral para su tío materno Jerónimo de Soria y aun para toda la familia, y sin duda fué la causa determinante de la expatriación de Gonzalo, así como la de su hermano Fernando, que resolvieron marcharse a las Indias en demanda de la fortuna perdida por los suyos, y también para olvidar en la ausencia y con la distancia sinsabores y vergüenzas.

* * *

Sobrado conocida es la actuación de Gonzalo Jiménez de Quesada en la temeraria y sobrehumana empresa del descubrimiento y conquista del Nuevo Reino de Granada, por lo que sólo a grandes rasgos

he de historiarla en estos breves apuntes biográficos. Como Alguacil mayor de don Pedro Fernández de Lugo, nombrado Gobernador y Capitán general de la provincia de Santa Marta, se embarcó en el puerto de Sevilla con rumbo a las Indias ya bien mediado el año 1535. A poco de llegar a su destino, el Adelantado don Pedro Fernández de Lugo le encomendó la empresa de explorar las fuentes del río Magdalena, donde existían reinos muy poderosos por sus riquezas; y con un pequeño ejército de unos 700 soldados españoles, entre infantes y ginetes, y gran número de indios yanaconas, partió de la ciudad de Santa Marta el día 6 de Abril de 1536, llevándose consigo como lugarteniente a su hermano Fernando. Unos embarcados y otros por tierra, y con éstos Gonzalo Jiménez de Quesada; sufriendo penalidades espantosas y terribles bajas, los expedicionarios remontaron el curso del río Magdalena hasta llegar al poblado de La Tora, desde donde se desviaron por el Carare para alcanzar las fragosas y ásperas sierras del Opón, en cuya travesía se perdió también mucha gente. En toda esta primera parte de la jornada, la más angustiosa y de mayor cuidado, se revelaron ya las sobresalientes dotes militares de nuestro paisano, y sobre todo su energía, su entereza y su férrea e indomable voluntad de vencer a todo trance, sin miedo a nada ni a nadie.

Traspuesta la cordillera, no tardó en salirle al encuentro con un numeroso ejército el zipa Tisquesusa, señor de Bogotá, al que infligió una tremenda derrota en los llanos de Zipaquirá. Esta victoria le permitió seguir su camino, sin graves tropiezos, hasta la capital del reino de los chibchas, en la cual hizo su entrada, a la cabeza de los 166 supervivientes del cuerpo expedicionario, en uno de los primeros días de Abril del año 1537. Tras un breve descanso, emprendió la conquista del territorio de los feroces *panches*, en la que tuvo por auxiliares a los *muisca*s. Luego realizó una excursión por el Norte del territorio, en busca de las minas de esmeraldas de Somondoco y de la salida a los Llanos; se apoderó de Tunja y de Sogamoso y derrotó en la enconada batalla de Bonza al soberbio cacique Tundama y a sus aliados. Vuelto a Bogotá, se dirigió a la provincia de Neiva, en las orillas del Magdalena; y a su regreso de esta desastrosa expedición, fué a sacar de su refugio de Facatativá al zipa Tisquesusa, al que mató en la refriega uno de sus soldados.

La muerte de Tisquesusa pudo acarrearle a él y a los suyos fatales consecuencias, pues su sucesor el general Zaquesazipa levantó a todo el país en armas contra los españoles, los cuales tuvieron que retirarse a Bosa. Desde allí Gonzalo Jiménez de Quesada hizo proposi-

ciones de paz al nuevo soberano de los *muiscas*, que las aceptó a cambio de su ayuda contra sus implacables enemigos los *panches*. Estos fueron vencidos por completo y obligados a someterse al rey de España. Después ocurrió el lamentable suceso de la prisión y muerte de Zaqesazipa, la que siempre hubo de pesar sobre la conciencia y reputación del caudillo cordobés, quizás el menos culpable de ella. A raíz de esto, consideró Gonzalo Jiménez de Quesada llegado el momento de fundar una población que fuera cabeza del territorio sometido; y para ello se escogió el lugar de Teusaquillo, al pie de la cordillera que limita por el Este la sabana de Bogotá, y en sitio muy parecido topográficamente, según dicen, al de emplazamiento de la andaluza ciudad de Granada. La ceremonia de la fundación se hizo el día 6 de Agosto de 1538, y la naciente capital fué bautizada con el nombre de Santafé de Bogotá y todo el país descubierto con el de Nuevo Reino de Granada.

A principios del siguiente año 1539 arribaron casi simultáneamente al territorio del Nuevo Reino las expediciones del alemán Nicolás de Federmán y del cordobés Sebastián de Belalcázar. Estos dos sucesos, inesperados para él pero providenciales para salvar su obra, tan en peligro, pusieron a prueba una vez más la sangre fría, la habilidad diplomática y la entereza de Gonzalo Jiménez de Quesada. Pudo evitar que ambos se concertaran para arrebatarle el fruto de sus esfuerzos, y por ende el lamentable y casi fatal espectáculo, en medio de tantos enemigos al acecho, de que se aniquilaran los hermanos conquistadores combatiéndose mutuamente. Hechas las paces entre uno y otros, y todos reunidos, se procedió a la fundación oficial de Santafé con toda pompa el día 29 de Abril de aquel mismo año.

Decidieron entonces los tres caudillos venirse a España para dar cuenta de sus conquistas al Emperador y pedirle recompensas. Gonzalo Jiménez de Quesada dejó el gobierno del Nuevo Reino, con el título de Capitán general y Justicia mayor, a su hermano y lugarteniente Hernán Pérez de Quesada; y a mediados de Mayo se embarcó con sus compañeros en el puerto de Guataquí, sobre el Magdalena, para dirigirse al marítimo de Cartagena, donde su llegada causó verdadero asombro, pues se daban por perdidos todos los que salieron de Santa Marta tres años antes.

A las costas españolas llegó por el mes de Noviembre y desembarcó en el puerto de Málaga, desde donde se dirigió a Granada para abrazar a sus padres. De allí se marchó a la Corte, en la que no tuvo muy buena acogida y hubieron de fracasar sus gestiones y esperan-

zas de obtener el nombramiento de gobernador de los territorios por él descubiertos, pues se le había anticipado don Alonso Luís de Lugo, hijo del ya difunto don Pedro Fernández de Lugo. Acusado, además, ante el Consejo de Indias, de la cruel e injusta muerte de Zaquesazipa y de otros delitos y extralimitaciones, se vió en prisiones y trabajos y condenado a destierro perpetuo del Nuevo Reino de Granada y a una multa de mil pesos. Dolido de que tan mal se recompensasen sus servicios, se expatrió; y durante varios años anduvo errante por Francia y otras naciones de Europa, y hasta llegó a circular la especie de que pensaba dedicarse al corso en el camino de las Indias. Al fin le fué levantado el castigo y regresó a España. En Madrid se encontraba a principios de 1547, y a fines de aquel año en Granada; y hubiera terminado por establecerse en Córdoba, si hubiese sido aceptada la renuncia que del oficio de mayoral y mampastor de la Casa de San Lázaro le hizo su tío materno Jerónimo de Soria por petición y suplicación elevada a S. M. con fecha 27 de Diciembre de 1547. Pero Gonzalo Jiménez de Quesada estaba llamado todavía a más alto destino que el de consumirse y morir oscuramente en la leprosería de la ciudad que le vió nacer.

Por Real cédula fechada en Sevilla el día 8 de Agosto de 1548, fué nombrado Mariscal del Nuevo Reino de Granada; y por otras posteriores, se le concedieron una vara de regidor perpétuo en el Cabildo de Santafé y 3.000 pesos de renta en encomiendas de indios. En los preparativos de marcha y en hacerse de dinero para pagar sus muchas deudas y crecidos alcances, en lo que mucho le ayudaron, sin poder apenas, tanto su padre como su buen tío Jerónimo de Soria, se le fueron más de dos años. Embarcó al fin para aquella su amada tierra, teatro de sus hazañas y pesares, siendo recibido en Santafé con delirante entusiasmo por sus antiguos compañeros de armas, a los que a poco tuvo necesidad de defender contra las injusticias, venganzas y crueldades del terrible visitador del reino, licenciado Juan de Montaña, cordobés también, por desgracia y para vergüenza nuestra.

En 1561, cuando el levantamiento del tirano Lope de Aguirre, fué designado como jefe del ejército de 1.500 hombres que se alistaron en el Nuevo Reino para combatir al rebelde y resistir la invasión que en él pretendía. En mérito a este y otros servicios militares, fué ascendido al cargo de Adelantado por Real cédula fecha 5 de Marzo de 1565. Cuatro años después, autorizado por la de 18 de Noviembre de 1568, organizó una expedición para el descubrimiento y conquista del mitológico Dorado, formada de 300 soldados españoles y 1.500 indios

bagajeros, la que partió de Santafé en Enero de 1570 y regresó casi a los tres años en completo desastre y con solos 64 españoles y 4 indios. Retiróse entonces a su casa de campo de Suesca, donde escribió las crónicas de sus campañas, que tituló «Ratos de Suesca», y apenas si intervino en adelante en asuntos militares ni del gobierno del país. Estaba agotado y casi deshecho por su enfermedad.

Comido de la lepra, que habría heredado de su madre, hija y hermana de leprosos, falleció en la ciudad de Mariquita el día 16 de Febrero de 1579, a los ochenta años de edad. Todo el reino lo sintió, como a su conquistador, y la ciudad de Santafé se vistió de luto. En su testamento declaró que moría en suma pobreza y adeudado. Dispuso que lo enterrasen en la iglesia parroquial de aquella ciudad y que no le pusiesen más epitafio que éste: *Expecto resurrectionem mortuorum*. Su albacea testamentario, el deán don Lope de Clavijo, trasladó sus huesos a Santafé en Julio de 1597, depositándolos en la capilla de la Veracruz, de donde se llevaron en procesión a la Catedral, con asistencia de todo el clero secular y regular, del Presidente, la Real Audiencia, Tribunales y grande concurrencia. «Las milicias le batieron las banderas, y tendidas sobre la caja en que estaban los restos, las levantaron al tiempo de la marcha, en señal de ser su Adelantado. Entrados a la iglesia, después de muchas posas en las calles, se celebraron los oficios, e hizo la oración fúnebre el padre fray Leandro de García, famoso predicador de aquel tiempo. Sepultáronse los huesos en el presbiterio, al lado de la epístola, y sobre el sepulcro se colocó el estandarte de la Conquista, que junto con el Pendón Real llevaba el Regidor más antiguo en el acompañamiento.»

Así honró la ciudad de Santafé en masa, y continúa haciéndolo en el aniversario de su muerte, al progenitor de su existencia. En vergonzoso contraste, Córdoba, su patria, nunca ha tenido un recuerdo para hijo tan preciado, y hasta se ha dejado arrebatar su paternidad. Al fin y al cabo descendientes somos los cordobeses actuales de aquellos envidiosos ciudadanos cuyos representantes no tuvieron reparo en hundir en la miseria a toda una familia honrada, y hasta pidieron a gritos, en cierta reunión de su Concejo, la cabeza de aquel desgraciado Jerónimo de Soria, porque su socio Juan Gómez Castillejo y demás compañeros de oficio, que no él, habían cometido una falsificación en el tinte de los paños. *¡Risum teneatis!*